

—Sí, la veo.

—Mi amada viene, Sr. de Araceli; ya entra, aquí está.

Miré á la puerta y la ví; era ella misma rodeada de una luz dorada y pálida como la manzanilla y el jerez que habíamos bebido. Quise levantarme; pero mi cuerpo se hizo de plomo; mi cabeza pesó más que una montaña, y cayó entre mis brazos sobre la mesa, perdiendo de súbito toda noción de existencia.

## XVI

Al recobrarla lenta y obscura, la voz del Sr. Poenco fué el accidente que me dió á conocer que había mundo. Lord Gray había desaparecido. Reconócime y me encontré estúpido; pero la vergüenza motivada por el recuerdo de mi envilecimiento vino más tarde. ¡Y que vergüenza aquella, señores! Mucho tiempo tardé en perdonarme.

Pero echemos un velo, como dicen los historiadores, sobre el infausto suceso de mi embriaguez, y sigamos el cuento.

Desde tal día, el servicio en la Cortadura y en Matagorda me entretuvo algún tiempo, y no me fueron posibles aquellas visitas, ya tristes, ya alegres, que á Cádiz hacía; pero al fin, como el asedio no era penoso, disfruté de algún vagar, y un día púseme en camino de

la calle Ancha, con intento de resolver allí qué dirección tomar.

En tiempos normales, era la calle Ancha el sitio donde se reunía la caterva de mentirosos, desocupados, noveleros y toda la gente curiosa, alegre y holgazana. Allí iban también de paseo á la hora del mediodía en invierno y por las tardes en verano las damas á la moda y los petimetres, abates y enamorados, ocurriendo con esto mil lances y escenas de que nos ha dejado retrato muy vivo D. Juan del Castillo en sus sainetes urbanos, no menos graciosos y verdaderos que los populares y consagrados á la majeza.

Pero en 1811, y después que las Cortes se trasladaron á Cádiz, la calle Ancha, además de un paseo público, era, si se me permite el símil, el corazón de España. Allí se conocían, antes que en ninguna parte, los sucesos de la guerra, las batallas ganadas ó perdidas, los proyectos legislativos, los decretos del Gobierno legítimo y las disposiciones del intruso, la política toda, desde la más grande á la más menuda, y lo que después se ha llamado chismes políticos, marejada política, mar de fondo y cabildeos. Conociáanse asimismo los cambios de empleados y el movimiento de aquella administración que con su enorme balumba de consejos, secretarías, contadurías, real sello, juntas superiores, superintendencias, real giro, real estampilla, renovación de vales, medios arbitrios, etc., se refugió en Cádiz después de la invasión de las Andalucías. Cádiz reventaba de oficinas y estaba atestada de legajos.

Además, la calle Ancha obtenía la primacía en la edición y propaganda de los diferentes impresos y manuscritos con que entonces se apacentaba la opinión; y lo mismo las renchillas de los literatos, que las discordias de los políticos; lo mismo los epigramas, que las diatribas, que los vejámenes, que las caricaturas, allí salieron por primera vez á la copiosa luz de la publicidad. En la calle Ancha se recitaban, pasando de boca en boca, los malignos versos de Arriaza, y las biliosas diatribas de Capmany contra Quintana.

Allí aparecieron arrebatados de una á otra mano los primeros números de aquellos periodiquitos tan inocentes, mariposas nacidas al tibio calor de la libertad de la imprenta en su crepúsculo matutino; aquéllos que se llamaron *El Revisor Político*, *El Telégrafo Americano*, *El Conciso*, *La Gaceta de la Regencia*, *El Robespierre Español*, *El Amigo de las Leyes*, *El Censor General*, *El Diario de la Tarde*, *La Abeja Española*, *El Duende de los Cafés* y *El Procurador general de la Nación y del Rey*, algunos absolutistas y enemigos de las reformas, los más liberales y defensores de las nuevas leyes.

Allí se trabaron las primeras disputas, de las cuales hicieron luego escandalosa síntesis los autores respectivamente de los dos célebres libros *Diccionario manual* y *Diccionario crítico burlesco*, ambos signo claro de la gran reyerta y cachetina que en el resto del siglo se había de armar entre los dos fanatismos que há tiempo vienen luchando y lucharán por largo espacio todavía.

En la calle Ancha, en suma, se congregaba todo el patriotismo con todo el fanatismo de los tiempos; allí la inocencia de aquella edad, allí su bullicioso deseo de novedades, allí la voluble petulancia española con el heroico espíritu, la franqueza, el donaire, la fanfarronada, y también la virtud modesta y callada. Tenía la calle Ancha mucho de lo que llamamos Salón de conferencias, de lo que hoy es Bolsa, Bolsín, Ateneo, Círculo, Tertulia. Era también un Club.

Cualquiera que entonces entrase en ella por las calles de la Verónica ó Novena, y la atravesase en dirección á la plaza de San Antonio, habríase creído transportado á la capital de un pueblo en pleno goce del más acabado bienestar, y aun de la paz más completa, si no mostrara otra cosa la multitud de uniformes militares, tan varios como alegres, que abundantemente se veían. Gastaban las damas gaditanas ostentoso lujo, no sólo por hacer alarde de tranquilidad ante las amenazas de los franceses, sino porque era Cádiz entonces ciudad de gran riqueza, guardadora de los tesoros de ambas Indias. Casi todos los petimetres y la juventud florida en masa, lo mismo de la aristocracia que del alto comercio, se habían alistado en los diferentes cuerpos de voluntarios que en Febrero de 1810 se formaron; y como en tales cuerpos ha dominado siempre por lo común la vanidad de lucir uniformes y arreos de gran golpe de vista, aquello fué una bendición de Dios para el lucimiento de sastres y costureras, y los mi-

licianos de Cádiz estaban que ni pintados.

Debo advertir que se portaron bien y con verdadero espíritu militar en todo lo muy difícil y arriesgado que durante el sitio se les confió; pero su principal triunfo estaba en la calle Ancha entre muchachas solteras, casadas y viuditas.

Llamábanse unos los *guacamayos*, por haber elegido el color de grana para su uniforme, y éstos formaban cuatro batallones de línea. Menos vistoso y deslumbrador era el vestido de los dos batallones de ligeros, á quienes llamaron *cananeos*, por usar cananas en vez de cartucheras. Otros, por haber aplicado profusamente á sus personas el color verde, fueron designados con el nombre de *lecheguinos*, si bien hay quien atribuye este apoyo á la circunstancia de pertenecer los tales *lechuguinos* á los barrios de Puerta de Tierra y extramuros, donde se crían lechugas. Con los mozos de cuerda y trabajadores formóse un regimiento de artillería; y como eligieran para decorarse el morado, el rojo y el verde en episcopal combinación, fueron llamados los *obispos*, y no hubo quien les quitara el nombre durante todo el transcurso de la guerra. Otros que militaron en la infantería y eran modestísimos en estatura y traje, fueron designados con el mote de *peregiles*, y á las personas graves que habían formado una milicia urbana y exornándose con un levitón negro y cuello encarnado, se les tituló los *pavos*. Todos llevaban nombre contrahecho, y hasta el cuerpo que se formó con los desertores polacos, no

pudo llamarse nunca de los *polacos*, sino de las *polacrás*.

Todo este inmenso, variado y pintoresco personal de *guacamayos*, *cananeos*, *obispos*, *peregiles* y *pavos* discurría por la calle Ancha y plaza de San Antonio, llamada entonces *Golfo de las damas*, en las horas que dejaba libres el servicio, menos penoso y arriesgado allí que en Zaragoza. Formaban los variados uniformes, á los cuales se añadían los nuestros y los de los ingleses, la más animada y alegre mezcla que puede ofrecerse á la vista; y como las señoras no llevaban sus guardapiés y faldellinas de luto, sino, por el contrario, de los más brillantes rasos blancos, amarillos ó rosa, con mantillas quier blancas, quier negras, y cintas emblemáticas, y cucardas patrióticas á falta de flores, júzguese de cuán bonita sería aquella calle Ancha, la cual como calle, y aun desierta y abandonada por el alegre gentío, es, con sólo el adorno de sus lindas casas, de sus balcones siempre pintados y de sus mil vidrios, lo más bonito que existe en ciudades del Mediodía.

Desde que llegué hube de encontrar muchos amigos, y comenzó el preguntar y responder de esta manera:

—¿Qué dice hoy *El Diario Mercantil*?

—Llama ladrones á todos los amigos de las reformas, y dice que llegará día en que el Obispo de Orense ponga un grillete al pie á los pícaros que le encausaron por no querer jurar.

—Pues para ser enemigo de la libertad de

la imprenta, *El Diario Mercantil* no se muere de la lengua.

—¡Pero qué bien le contesta hoy *El Conciso*! Le dice que *los matacandelas de toda luz de la razón, no quisieran que alumbrase al mundo más luz que la de las hogueras inquisitoriales.*

—Peor les trata *El Robespierre Español*, que dice: «*El antiguo edificio romanescogótico-moruno de las preocupaciones caerá, y quedaránse á la luna de Valencia tanto vampiro, cá-rabo y lechuzo como...*

lámparas mata y el aceite chupa.»

—Pero veamos qué dice *El Concisín*.

Y sacaron un diminuto papel, húmedo aún, como recién salido de la prensa, el cual era una especie de suplemento, hijuela y lugarteniente de *El Conciso* grande, y en su lenguaje figuraba un niño que venía á contarle á su papá lo que ocurría por las Cortes.

—*El Concisín* dice: «Después del Sr. Argüelles, que habló con tanta elocuencia como de costumbre, antojósele á Ostolaza dar al viento el repiqueteo de su voz clueca y becerril, y entre las risas de las tribunas y el alborozo del paraíso, defendió á los uñilargos y panzirre llenos que viven del arcaboba de la Iglesia.»

—Hombre, les trata con demasiada benevolencia.

—Ellos nos llaman á nosotros *herejotes y calabazones*.

—¡Si no se puede sufrir á esa canalla! Hay que poner una horca en el Golfo de las Damas para colgar serviles, empezando por los de capilla y acabando por los de faldón.

—Deje usted que nos sacudamos á Soult, y los cananeos dejaremos á España como una balsa de aceite. ¿Y qué se sabe del Lord?

—Va sobre Badajoz.

—Massena viene en retirada desde Portugal.

—Los franceses han abandonado á Campomayor.

—Pronto se unirá Castaños á Wellington.

—Señora Doña Flora de Ciniesga, tenga usted felices días.

—Felices, señores guacamayos. Lord Gray, felices, y usted, Sr. de Araceli, téngalos muy buenos, aunque no sea sino por lo caro que se vende.

Al mismo tiempo que Doña Flora, se presentó ante mí Lord Gray. Hablóme la dama con cierto sonsonete reprensivo que me hizo mucha gracia. Recibía al mismo tiempo plácomes y finezas de todos los del corrillo, y cortesía va, cortesía viene, la rodeamos, llevándola calle adelante como en procesión, con cola de cortesanos.

—Señores—dijo Doña Flora,—la libertad de la imprenta es cosa que ha de darnos muchas jaquecas. ¿No han visto ustedes cómo se atreve *El Revisor Político* á ocuparse de mis tertulias, y de si van ó no van á ellas filósofos y jacobinos? ¿Pues acaso entra en mi casa persona que no sea digna del mayor respeto? No se han atrevido esos pícaros diaristas á nombrarme;

pero harto se conoce á quien va dirigido el dardo.

—Señora—dijo un *guacamayo*,—la libertad de la imprenta, según dijo Argüelles en las Cortes, allí donde tiene el veneno, tiene también la triaca. Pues ellos se andan con alusioncitas, devolvámoselas, y no pequeñas como nueces, sino gordas como calabazas, y no rellenas de plomo frío cual las bombas de Villantroys, sino de fuego y metralla cual las nuestras.

—¿Qué quiere decir eso, amiguito?

—Que á nuestra disposición tenemos *El Robespierre Español*, *El Duende de los Cafés* y el pícaro *Concisin*, que se encargarán de poner cual no digan dueñas á los apagacandelas.

—La alusión, señora Doña Flora—dijo un *obispo*,—ha salido sin duda de la tertulia de Paquita Larrea, la esposa del Sr. Böhl de Faber.

—¿Qué más que escribir una sátira de la tal tertulia con mucha sal y pimienta, retratando á todos los que van á ella, y mandarla al *Robespierre* para que la estampe?—añadió un *pavo*.

—No quiero que se diga que la sátira se ha fraguado en mi casa—dijo Doña Flora.—En paz con todo el mundo es mi mote; y si á mis tertulias van tantas personas honradas y discretas, es por pasar el tiempo cultamente, y no para enredos é intriguillas.

—Es preciso defender la libertad hasta en las tertulias,—dijo un *obispo*, ó un lechuguino, que esto no lo recuerdo bien.

—En las trincheras es mejor—repuso Doña Flora.—No quiero reñir con Paquita Larrea,

que si ella recibe á los Valientes, Ostolazas, Tenreyros, á los Morros y Borulles, yo tengo el gusto de que vayan á mi casa los Argüelles, Torenos y Quintanas, y no porque los haya escogido en el haz de los que llaman liberales, sino porque casualmente concordaron en ideas.

—No nos prive usted del placer de hacer una letrilla al menos en honor de los tertulios de la Larrea,—dijo un *peregil*.

—No, señor *peregil*—repuso ella:—reprima usted sus bríos liberales, que ya voy viendo que la dichosa libertad de la imprenta es un azote de Dios, y un castigo de nuestros pecados, como dice el Sr. Congosto.

Debo indicar que Doña Francisca Larrea, esposa del entendido y digno alemán Böhl de Faber, era mujer de mucho entendimiento, escritora, lo mismo que su marido, á quien eran muy familiares los primores de la lengua castellana. De este matrimonio nació Elisa Böhl, á quien debemos las mejores y más bellas pinturas de las costumbres de Andalucía, novelista sin igual y de fama tan grande como merecida dentro y fuera de España (1).

Luego que la nube de *guacamayos*, *cananeos* y demás tropa voluntaria descargó el nublado de sus adulaciones y cortesías, Doña Flora, aprovechando un claro de la conversación, me dijo:

—¡Muy bien, Sr. D. Gabriell! ¡Días y más días sin pasar por casa! Después de aquella

(1) Fernán Caballero.

tremenda y borrascosa escena con D. Pedro, pocas veces has ido por allá. Y que no quedó poco comprometido mi honor...

—Señora, francamente, temo que el señor D. Pedro me ensarte con su gran espadón, porque de que está celoso como un turco no me queda duda alguna. Su señoría el gran cruzado, va á tomar una venganza terrible por el grandísimo agravio que le hice.

Conté á Lord Gray en breves palabras lo ocurrido.

—No temas nada—dijo Doña Flora.—Ahora te agradeceré que vayas á casa á llevar á la señora Condesa un recadito que me importa mucho.

—Con mil amores. ¿Pero está allí D. Pedro?

—¡Qué ha de estar!

—Respiro.

—Pues bien. Corres á casa al momento, y dices á Amaranta que si quiere ver á Inés y aun hablarla, vaya á las Cortes. Ella tiene cédula para la tribuna.

—¡Qué dice usted!—exclamé con asombro.

—¡Que Inés está en las Cortes!

—Sí, se han plantado en San Felipe las tres niñas beatas. ¿Qué te parece? Hace un rato volvía yo de la secretaría de Consolidación y Contaduría general, en la plazuela de San Agustín, y me las encontré con D. Paco. Díjome el buen preceptor que las pobrecitas hacía dos semanas que estaban suplicando á la señora Doña María que las dejase salir á dar un paseillo por la muralla; y por último, parece que los muchos ruegos y continuas la-

mentaciones ablandaron la roca de las terquedades de la Condesa, que permitió á sus tres cautivas esparcirse un poco en el día de hoy, durante hora y media. Bajo la tutela de Don Paco, en quien tiene confianza sin límites la señora, dejólas ésta salir, después de vestirlas á lo monjil, en tales modos, que parece van pidiendo para la *Archicofradía de los Clavos y Sagradas Espinas de Hermanas Siervitas con voto de pobreza*. Dióles orden expresa de pasearse desde la Aduana hasta el baluarte de la Candelaria, yendo y viniendo tres veces, sin que por causa alguna infringiesen esta premática paseantil, ni traspasasen la línea indicada, ni menos se internasen en las calles de Cádiz, por donde, desde que tenemos Cortes, discurren, como dice el Sr. Tenreyro, todos los pecados y vicios en endemoniada procesión... Pero ¿qué hacen mis niñas? Verás. En cuanto llegaron á la calle del Baluarte amotináronse, empeñándose en que D. Paco las había de llevar á las Cortes, porque tenían gran curiosidad, sed devoradora de ver tan bonito espectáculo; gruñó el pobre preceptor, chillaron ellas, se aferró él al programa que le trazara su ama, rebeláronse las chicas, negándose á ir á la muralla, y luego le acribillaron á pellizcos y alfilerazos. Presentación propuso á las otras dos arrojar á D. Paco al mar, y después le quitaron el sombrero para guardarlo en rehenes y privarle de tan útil prenda, si no las llevaba al Congreso nacional. Una de ellas tenía una papeleta de tribuna, que sin duda algún galán travieso le dió

con el fin que puede suponerse. Antaño los galanes, cuando no podían comunicarse con sus amadas, las citaban en las iglesias, donde la religiosa obscuridad protegía el trasiego de las cartitas, el apretón de manos, ú otro desahogo de peor especie, mientras los padres embobados contemplaban las llamaradas del cuadro de Animas del Purgatorio. Hoy, cuando no puede haber reja ni correo, los amantes se suelen citar en la tribuna de las Cortes. Es ésta una invención donosísima, ¿no es verdad, Lord Gray? Sin duda está muy en boga en los Parlamentos de Inglaterra, y ahora nos la introducen en España para mejoramiento de las costumbres.

Lord Gray, que había prestado escasa atención á lo que Doña Flora nos contaba, repuso con malicia:

—Señora mía, deme usted licencia para retirarme, porque tengo una ocupación, un quehacer imprescindible no lejos de aquí.

—Sí, vaya usted, vaya usted. Ahora deben estar en la discusión de los señoríos jurisdiccionales. Mucho ruido, mucho barullo en las tribunas. Usted entrará en la de los diplomáticos, que está mano á mano con la de señoras. Corra usted, adiós.

Dejóme Lord Gray en las garras de Doña Flora, la cual continuó así:

—El pobre D. Paco se defendió hasta que no pudo más. ¡Pobre señor! No tuvo más remedio que bajar la cabeza ante el número y llevarlas á las Cortes. Cuando le encontré y me contó el lance, iba el pobre tan carientriste-

cido, cual si le llevaran á ajusticiar, y me dijo: —¡Ay de mí, si Doña María llega á saber esto...! ¡Malditas sean las Cortes y el perro que las inventó!

—¿Estarán todavía allá?

—Sí: corre á avisárselo á la Condesa. La pobrecita hace tiempo que está arando la tierra por ver á Inés dentro ó fuera de su cárcel, y no puede conseguirlo, pues á ella no la admiten allá, y se pasan meses y meses sin que se les permita dar un paseo con el ayo. Con que ve á decírselo, y tú mismo la acompañarás á San Felipe. No tardes, hijo, y en seguida á casa derechito, que tengo que hablarte. ¿Comerás hoy con nosotros?

Me despedí con gran precipitación de Doña Flora, dejándola en poder de los *guacamayos*, y me alejé de allí; pero en vez de correr hacia la calle de la Verónica, mi curiosidad, mi pasión y un afán invencible, me impulsaron hacia la plaza de San Felipe, olvidando á Amaranta y á Doña Flora, fija el alma y la vida toda en las tres muchachas, en D. Paco, en Lord Gray, en las Cortes, en los diputados y en la discusión sobre señoríos jurisdiccionales.

## XVII

Llegué, y en la plazoleta que hay á la entrada de la iglesia, entonces convertida en Congreso, había, como de costumbre, gran gentío.

Extendí con avidez la vista por la multitud de caras que allí se confundían, y no ví ninguna de las que buscaba. Pensando que estarían todos arriba, traspasé la puertecilla que conducía á la escalera de las tribunas; pero en el vestíbulo, ó más bien pasadizo, la gente que bajaba, tropezando con la que quería subir, formaba remolinos y marejada. Pugnaba yo por entrar cuando ví cerca de mí á Presentación, que estrujada por espaldas y hombros muy robustos, mostraba gran aflicción y pesadumbre de haberse metido en tal fregado. Las otras dos y D. Paco no estaban allí.

Al punto acudí á sacarla de apreturas, y al reconocerme se alegró mucho y me dió las gracias.

—¿Dónde están las otras dos y D. Paco?—le pregunté.

—¡Ay! no sé...—replicó con zozobra.—Entre el gentío, Inés y Asunción se separaron de mí. Después las vímos con Lord Gray en el fondo de este pasadizo. D. Paco fué tras ellas, y á ninguno veo.

—Pues avancemos — dije resguardándola con mis brazos.—Ya parecerán.

Despejóse algo el local con la salida de una fuerte masa de gente, cansada de oír discursos, y entonces ví venir á D. Paco, como que bajaba de la escalera de las tribunas reservadas.

—No están—decía el pobre viejo con la mayor ansiedad.—Asuncioncita é Inésita han desaparecido. Deben de haber salido otra vez á la calle. Lord Gray se juntó á ellas. ¡Dios mío!

¿Qué nueva tribulación es ésta? Sr. de Araceli, ¿las ha visto usted?

—Subamos, que arriba han de estar.

—Que no están. ¡En buena nos han metido!... El Santo Angel de la Guarda me acompañe. Estas niñas me harán condenar, Sr. de Araceli... ¿Se habrán metido abajo, en el salón de sesiones?

—Yo no he traído papeleta para las tribunas reservadas; pero subamos á la pública, y desde allí veremos si están.

—¡Ay, me muero de pena!—exclamó el buen profesor con lastimosos aspavientos.—¿Dónde estarán esas dos niñas? El gentío las separó de nosotros por casualidad... ¿qué digo casualidad? El demonio ha andado aquí.

—Yo subiré con esta madamita á la tribuna pública, y veremos si están ó no están aquí.

—Yo saldré á la calle... Yo buscaré por todo el edificio; yo volveré patas arriba Cortes y procuradores, y han de parecer, aunque se hayan metido dentro de la campanilla del presidente, ó en la urna donde se vota. ¡Qué aprieto, qué compromiso, qué situación!

Y el pobre viejo se echó á llorar como un chiquillo.

—Subamos, Sr. de Araceli—dijo resueltamente Presentación,—que tengo mucho deseo de ver eso.

La joven, en su anhelo de ver las Cortes, no se cuidaba de la pérdida de sus compañeras.

—Suban á la tribuna pública—dijo D. Paco,—y agüardenme allí, que voy á preguntar á los porteros.



Presentación se aferró á mi brazo, y lejos de hacer peso en él, parecía que me impulsaba y aligeraba, según era su impaciencia y afán de subir pronto. Cuando llegamos arriba y entramos, no sin trabajo, en la tribuna, la pobre muchacha mostraba en sus asombrados ojos y en el encendido color de sus mejillas, la viva emoción que espectáculo tan nuevo para ella le produjera. Al abarcar con la vista la iglesia, salón, observé la tribuna de señoras, la de diplomáticos, y no ví á las dos niñas ni á Lord Gray. Asombrado de esto, pensé retirarme para buscarles fuera; pero Presentación, arrobada y suspensa con la gravedad del Congreso y el hablar de los diputados, me dijo deteniéndome:

—D. Paco les buscará. Yo he venido aquí para ver esto, Sr. de Araceli. Acompáñeme usted un momento. Mi hermana é Inés pueden parecer cuando quieran. ¿Quién les mandó separarse?

—¿Pero no vió usted hacia qué parte fueron con Lord Gray?

—No sé—repuso sin poder apartar su atención de lo que estaba viendo.—¿Sabe usted, señor de Araceli, que esto es muy bonito? Me gusta tanto como los toros.

Traté de acomodarla en un asiento, y para esto me fué forzoso molestar á algunas personas de las que se habían instalado allí desde el principio de la sesión, y asistían con devotísimo recogimiento á los debates. Gruñeron unos, murmuraron otros; pero al fin Presentación obtuvo un puesto y yo otro á su lado. Mi inquietud y ansiedad eran tales, que me levanta-

taba con frecuencia para alargar el cuerpo fuera de las barandillas con objeto de examinar todo el ámbito del salón y las pobladas tribunas. Fáltame decir que el gentío que nos acompañaba en la pública, era compuesto en parte de gente de baja esfera, y en parte de personas graves del comercio menudo, de tenderos, periodistas, y también muchos vagos de calle Ancha, y algunas mozas de diferente estofa.

La iglesia, convertida en salón, no era grande. Ocupaban los diputados el pavimento; la presidencia el presbiterio, y los altares estaban cubiertos con cortinones de damasco que los escondían, lo mismo que á las imágenes, de la vista del público, como objetos que no habían de tener aplicación por el momento. El arquitecto Prast, reformador del edificio, discurrió también sin duda que á los santos no les haría aquello mucha gracia. Algunos han creído que los diputados subían al púlpito para hablar; pero no es cierto. Los diputados hablaban, como hoy, desde sus asientos, y los púlpitos no servían para nada más que para apollarse. Tenía la iglesia sus tribunas laterales, que fueron destinadas á los diplomáticos, á las señoras y al público distinguido; y en los pies del edificio abriéronse dos nuevas, con barandal de madera, que se dedicaron al pueblo en general, y que éste invadió desde las primeras sesiones, alborotando más de lo que parecía conveniente al decoro de su recién lograda soberanía.

Presentación no tenía ojos más que para observar la presidencia, los diputados y muy

principalmente al que hablaba; las tribunas, los ugieres, el dosel, el retrato del Rey; ni tenía alma más que para atender á aquellos indefinibles bu licios propios de todo cuerpo deliberante, y que son como el aliento de la pasión que allí por tan diferentes órganos habla, del noble entusiasmo, del vil egoísmo; el sordo mugir de las mil ideas, siempre desacordes, que hierven dentro de ese cerebro calenturiento que se llama salón de sesiones. Yo observé la estupefacción de la muchacha, y le dije:

—¿Le gusta á usted este espectáculo?

—Muchísimo. Nos habían dicho que era muy feo; pero es bonito. ¿Quién es aquel señor que está en medio del redondel?

—Es el Presidente. Es el que dirige esto.

—Ya, ya... y cuando quiere mandar una cosa, sacará el pañuelo y lo agitará en el aire.

—No, señora Doña Presentacioncita. Así pasa en los toros; pero aquí el Presidente se vale de una campanilla.

—¿Y el diptado que va á hablar, por dónde sale? ¿Por detrás de aquella cortina ó por esa puertecilla?

—El diputado no sale por ninguna parte, que aquí no hay toril ni telones. El diputado está en su asiento, y cuando quiere hablar se levanta. Vea usted. Todos esos que allí están son diputados.

A cada nueva conquista hecha por su inteligencia en el conocimiento de las cosas parlamentarias, más sorpresa mostraba la niña, y no distraía su atención del Congreso sino para

hacerme preguntas tan originales á veces, y á veces tan inocentes, que me era muy difícil contestarle. Carecía en absoluto de toda idea exacta respecto á lo que estaba presenciando; y aquel espectáculo la conmovía hondamente, sin que las ideas políticas tuviesen ni aun parte mínima en tal emoción, hija sólo de la fuerte impresionabilidad de una criatura educada en estrechos encierros y con ligaduras y cadenas, mas con poderosas alas para volar, si alguna vez rompía su esclavitud.

Era tierna, sensible, voluble, traviesa, y por efecto de la educación, disimuladora y comedianta como pocas; pero en ocasiones tan ingenua, que no había pliegue de su corazón que ocultase, ni escondrijo de su alma que no descubriese. Por esto, que era sin duda efecto de un anhelo irresistible de libertad, aparecía á veces descomedida y desenvuelta con exceso. Poseía en alto grado el don de la fantasía; la falta de instrucción profana, unida á aquella cualidad, hacía incurir en desatinos encantadores. No sólo en aquella ocasión, sino en otras varias, observé que al separarse Doña María y al sentirse libre del peso de aquella gran losa de la autoridad materna, desbordabanse en ella, con desenfrenada impetuosidad, fantasía, sentimiento, ideas y deseos. Presenciando la sesión, no cabía en sí misma; tan inquieta estaba, y tan sublevados sus nervios y tan impresionados sus sentidos.

—Sr. de Araceli—me dijo después que por un instante meditó,—¿y esto para qué es?

—Las Cortes.

—Sí, eso es; quiero decir que para qué sirven las Cortes.

—Sirven para gobernar á los pueblos, juntamente con el Rey.

—Comprendido, comprendido—repuso vivamente agitando su abaniquillo.—Quiere decir que todos estos caballeros vienen aquí á predicar, y así como los curas de las iglesias predicán diciendo que seamos buenos, los procuradores de la nación predicán otras cosas: viene la gente, los oye y nada más. Sólo que, según dicen los que van de noche á casa, los diputados predicán que seamos malos, y esto es lo que no entiendo.

—Esos discursos—le contesté risueño,—no son sermones, son debates.

—Efectivamente, me ha parecido que no son sermones, sino que uno dice una cosa, otro otra, y parece como que disputan.

—Justamente. Disputan: cada uno dice lo que cree más conveniente, y después...

—El disputar me gusta mucho. ¿Sabe usted que me estaría aquí las horas muertas oyendo esto? Pero me agradaría que hablaran fuerte y se insultaran, tirándose los bancos á la cabeza.

—Alguna vez...

—Pues yo quiero venir ese día. ¿Se anunciará por carteles en las esquinas?

—Nada de eso. La política no es una función de teatro.

—¿Y qué es la política?

—Esto.

—Ahora me parece que lo entiendo menos. ¿Pero quién es ese hombre alto, moreno y de

aspecto temeroso que está hablando ahora? Le aseguro á usted que ese modo de charlar me gusta.

—Es el Sr. García Herreros, diputado por Soria.

La atención del Congreso estaba fija en el orador, uno de los más severos y elocuentes de aquella primera fecunda hornada. Profundo silencio reinaba en el salón, lo mismo que en las tribunas. Callamos Presentación y yo, y atendimos también, ambos absortos y suspensos, porque la palabra de García Herreros, enérgica y sonora, era de las que imperiosamente se hacen oír y acallan todos los rumores de una Asamblea.

Combatiendo las servidumbres, exclamaba:

«¿Qué diría de su representante aquel pueblo numantino, que por no sufrir la servidumbre quiso ser pábulo de la hoguera? Los padres y tiernas madres que arrojaban á ellas á sus hijos, ¿me juzgarían digno del honor de representarles, si no lo sacrificase todo al ídolo de la libertad? Aún conservo en mi pecho el calor de aquellas llamas, y él me inflama para asegurar que el pueblo numantino no reconocerá ya más señorío que el de la nación. Quiere ser libre y sabe el camino de serlo.»